

IVÁN DE SORAPÁN DE RIEROS, MÉDICO, HUMANISTA Y DIVULGADOR

FRANCISCO TEIXIDÓ GÓMEZ
U.N.E.D. (Mérida)

RESUMEN

El extremeño Iván de Sorapán de Rieros es autor de una sola obra: Medicina española contenida en proverbios vulgares de nuestra lengua. En ella, desde personajes significativos de la historia de la ciencia y de la cultura, intenta explicar la razón científica de los refranes. Convencido de que esta obra no ha sido valorada en su justa medida y de que Sorapán no pretende hacer ninguna aportación al conocimiento de la época, considero que el extremeño es lo que el tiempo ha dado en llamar divulgador científico.

Sorapán utiliza los refranes como sustrato sobre el que desarrolla su amplia cultura y como punto de partida para explicar temas médicos, biológicos, gastronómicos y dietéticos, históricos, geográficos, astronómicos y astrológicos, filosóficos, etc.

ABSTRACT

In his only work Spanish Medicine in popular proverbs in our language the Extremenian Iván de Sorapán tries to explain the scientific reason of proverbs making use of personalities in the history of science and culture. I am convinced that this work has not been appreciated as it should and Sorapán does not intend to contribute to knowledge of his Age. I consider him to be just a spreader.

Sorapán uses proverbs as foundation and as a starting point to explain medical issues as well as biological, gastronomic and dietetic, historical, geographical, astronomical and astrological, philosophical and so on.

Palabras clave: Sorapán, Medicina, Siglo XVII, Divulgación, Humanismo, Extremadura, España, Folkmedicina.

Introducción

Después de leer la obra de Iván de Sorapán de Rieros uno tiene el total convencimiento de que su autor es lo que el tiempo ha dado en llamar divulgador científico. En efecto, Sorapán no pretende hacer ninguna aportación al conocimiento de la época; toda la obra de este preclaro extremeño, *Medicina española contenida en proverbios vulgares de nuestra lengua*, es un ir y venir de personajes paradigmáticos: los libros de Avicena, Plinio, Aristóteles, Dioscórides, Galeno, Averroes, Aristófanes, etc. son la base sobre la que Sorapán intenta fundamentar toda su sabiduría de una forma peculiar, explicando la razón científica de los refranes. Pensamos, con una autora moderna, que la figura de Sorapán no ha sido valorada en su justo punto [MUÑOZ, 1994, p. 163].

Quizás los refranes no son más que una sutil disculpa para exponer sus conocimientos pero, de cualquier manera, este espléndido autor es un claro exponente de una cultura y de una época que, en España, había empezado su decadencia.

La cultura de Sorapán es fruto de un ambiente en el que las mentes esclarecidas lo eran en muchas facetas del conocimiento. El extremeño utiliza los refranes como sustrato sobre el que desarrolla su amplia cultura, mas en su obra aparecen los temas médicos, biológicos, gastronómicos y dietéticos, históricos, geográficos, astronómicos y astrológicos, filosóficos... Bastará decir que en la *Medicina española* se dan cita asuntos tan dispares como un conjunto de recetas para *aclarar el rostro*, una sucinta biografía de Avicena y una documentada historia del vino, para resaltar la variedad y amplitud de conocimientos de su autor; todo esto hace que el texto del logrosano sea una pequeña enciclopedia de la época. Admitiendo que la obra de Sorapán, texto en su día en la Academia médica de Granada, se lee con agrado y curiosidad a pesar del paso del tiempo, consideramos que ya su importancia fue referida con especial consideración por autores con autoridad muy superior al que estas líneas escribe. Limitándonos a obras que versan sobre historia de la ciencia cabe decir que la figura de Sorapán tuvo la atención, si bien sucinta, de historiadores de la ciencia española como Antonio Hernández Morejón (1773-1836), Anastasio Chinchilla y Piqueras (1801-1867) y Marcelino Menéndez Pelayo (1856-1912)¹.

Además, y no es necesario extenderse en demasía, el logrosano mereció el estudio de otras altas personalidades de la vida cultural española, de las más diversas épocas y desde los enfoques más diferentes: Nicolás Antonio, Pascual

Madoz, Julio Cejador, Vindel, Salvá, Cortezo, Usandizaga, Sánchez de Rivera, etc.².

Sin excluir otros ámbitos del conocimiento humano, la obra de Sorapán se centra en la salud; es un auténtico divulgador de lo que, *mutatis mutandis*, representa la *medicina preventiva* y, en un plano más pedagógico, la *educación para la salud*.

Nuestro punto de vista es que Iván Sorapán de Rieros es un auténtico divulgador de todas las facetas del saber, sean éstas médicas, históricas, geográficas, etc. En este sentido se encuentra en la línea de muchos grandes hombres de su tiempo que, independientemente de su cultura científica, escribieron para otros niveles del conocimiento. Limitándonos a coetáneos de Sorapán citaremos a tres importantes personajes que publican a finales de la decimosexta centuria obras de divulgación científica: Juan Lorenzo Palmireno (1514?-1579), Pedro Simón Abril (1530?-1595?) o Benito Arias Montano (1527-1598).

Sin embargo, el de Logrosán tiene una peculiaridad que merece la pena ser destacada, es el primero en utilizar los refranes como punto de partida para explicar lo que es la salud. Por otra parte, la obra de Sorapán se puede cotejar con la de otro médico y erudito de su época: Cristóbal Pérez de Herrera (1556-1620)³.

El día 28 de marzo del año 1572 fue bautizado en la iglesia de Logrosán, Juan Sorapán de Rieros, por lo que es muy probable que su nacimiento fuera el día 27 ó 26. No debemos entrar en divagaciones relativas a si su nombre es como arriba hemos transcrito o como figura, a mi juicio erróneamente, en algunos textos: Juan Rieros de Sorapán. Debe quedar claro que durante los años en los que vivió este ilustre personaje era muy frecuente que los hijos no llevaran los apellidos del padre e incluso, que hermanos hijos de los mismos ancestros tuvieran apellidos distintos. En cualquier caso considero que lo mejor es aceptar la denominación que él mismo se da en sus obras, Juan Sorapán de Rieros.

Sabemos que estudia, o mejor, perfecciona sus conocimientos de medicina en Guadalupe lo que debe suponerle una magnífica formación. No en vano los Hospitales del Monasterio son un excelente punto de reunión de enseñanza teórica y práctica donde acuden los mejores médicos de la época. Guadalupe es un espléndido lugar de perfeccionamiento de médicos titulados, amén de ser una excelente escuela de cirugía donde adquiere sabiduría gran número de profesionales de la medicina venidos de toda España.

En este sentido conviene decir que nada menos que Francisco Hernández (1517-1587), director que fue de la primera expedición científica que se realizó en el mundo, fue médico de los hospitales del Monasterio⁴; así mismo, en el siglo XVII, el prestigioso Diego Antonio de Robledo ejerció como médico principal y director de la cátedra de cirugía de la citada institución⁵; el también extremeño Francisco Arceo (1493-1580) trabajó varios años en estos hospitales⁶; por último, el catalán Francisco Micò (1528-1576) después de estudiar medicina en Salamanca, adquirió experiencia en los hospitales del Monasterio, junto al ya citado Francisco Hernández, antes de regresar a su tierra natal⁷.

En la portada de la *Medicina Española* Sorapán nos informa de su oficio y beneficio: *Médico y Familiar del Santo Oficio de la Inquisición de Llerena y Granada y de su Real Chancillería*.

Ser médico de ese tribunal no era una bagatela a la que podía acceder cualquiera; denota, al menos, dos cualidades: gran competencia y alta honorabilidad. Los médicos inquisitoriales eran los encargados de asistir a los encausados e informar de su estado. Grandes profesionales de la época en la que vivió Sorapán formaron parte de la nómina de médicos del Santo Oficio.

Es evidente que en la corte de España debían estar los mejores de los médicos del país y por ello creo necesario apuntar que dos de los más importantes médicos de cámara de Felipe IV, el palentino Gaspar Bravo de Sobremonte (1603-1683) y el soriano Cipriano Maroja (1580-1651?) lo fueron también de la Inquisición. Y otro caso es el de Melchor Villena y Vila (1564-1655) que siendo médico del citado Tribunal, rechazó el puesto de cámara que el rey Felipe IV le ofreció.

Los Familiares del Santo Oficio podían considerarse como unos servidores laicos del mismo. Aunque este cargo gozaba de muchos privilegios, nunca fue popular. Eso sí, constituía un verdadero honor por el hecho de que sus miembros eran reclutados de entre los más altos niveles sociales y, en la medida de lo posible, de entre *cristianos viejos*. Otro importante médico de cámara de Felipe IV, el jiennense Juan Gutiérrez de Godoy (1579-1656) fue Familiar del Santo Oficio.

Por último, la Real Chancillería de Granada era un tribunal que sólo tenía otro semejante en el de Valladolid. Sorapán fue médico de su presidente, el doctor Baltasar de Lorenzana.

Parece que Sorapán vivió los últimos años de su vida en Cáceres, Trujillo y Logrosán, y que murió en el pueblo que le viera nacer, probablemente, en noviembre de 1638.

Su obra

En 1616 y en Granada ve la luz la principal obra de Sorapán cuya portada reza así: *Medicina española contenida en proverbios vulgares de nuestra lengua. Muy provechosa para todo genero de estados, para Philosophos, y Medicos, Para Theologos, y Iuristas, para el buen regimiento de la salud, y mas larga vida. Compuesta por el Doctor Iván Sorapan de Rieros, Medico y Familiar del Santo Officio de la Inquisicion de Llerena y Granada y de su Real Chancilleria.* Con Privilegio. Por Martín Fernández Zambrano. Año 1616. F. Heylan fecit.⁸

De igual manera, en la ciudad granadina apareció *la Parte segunda de la medicina española, compuesta por el Doctor Ivan Sorapan de Rieros, Medico y Familiar de el Sancto Oficio de la Inquificion de Llerena, y de Granada, y de fu Real Chancilleria. Contiene la esplicacion de otros Proueruios muy prouechofos para todo genero de estados, para Theologos, Iuriftas, Medicos, y Philofophos.* En Granada. Impreffo con licencia y Priuilegio de fu Mageftad, Por Iuan Muñoz Impreffor de libros, junto del Algiue de Rodrigo del campo, año de 1615.

Si nos fijamos en la datación de la primera y segunda partes, 1616 y 1615 respectivamente, lo intuitivo es pensar en un error tipográfico. Sin embargo, esto fue, a mi juicio, resuelto admirablemente por Antonio Castillo de Lucas [1949, p. 45]. En el estudio preliminar que realizó a la edición de la obra de Sorapán:

“Lo que ocurrió seguramente fue que Sorapán de Rieros estaba impaciente por ver impresa su obra, ya que en aquella época era muy lenta la gestación para conseguir la autorización de publicar un libro, como lo prueban las fechas de su aprobación por el Cardenal de Granada y otra del Rector de la Universidad, fechadas en 10 de septiembre de 1614, y otra de merecer la del Rey en 10 de febrero de 1615; por ello, ante esta lentitud, dio, una vez aprobada su obra, el manuscrito a dos imprentas granadinas: la primera parte a la de Fernández Zambrano, que estaba situada en la antigua calle del Obispo, según Melchor García, y que era una de las mejores, así como la de Juan Muñoz, a la que entregó la segunda parte, por ser muchísimo más corta, y la fechó en 1615; en cambio, Zambrano terminó la primera parte a principios de 1616, como señala la fe de erratas”.

De la importancia de la obra de Sorapán da fe el hecho de que fuera libro de texto en la Academia de Medicina de Granada. Sin embargo, los avatares científicos y quizás de otra índole hicieron que la *Medicina española* cayera en el olvido. El texto no volvió a las librerías hasta los últimos años del siglo XIX. En efecto, el importante paremiólogo gaditano José María Sbarbi y Osuna (1834-1910) la reeditó, en 1875, constituyendo el tercer tomo de una serie titulada *El Refranero general español* [SBARBI, 1875]. La obra vio una reimpresión un año más tarde. Ediciones posteriores se han realizado en 1935, dos diferentes en 1949 y otra más reciente de 1989⁹.

Como más adelante veremos, la cultura del extremeño, no la que es expresión de su quehacer de médico sino la que representa y constituye la formación integral de la persona, se manifiesta en la totalidad de las páginas de la *Medicina Española*. Sin embargo, a mi juicio, su obra se puede incluir entre las que intentan realizar una labor divulgativa en el ámbito de la medicina y, sin ninguna duda, puede ser considerada como una enciclopedia médica de la época.

Sorapán [1949, p. 212] *desea escribir con distinción, lo que conviene a la salud del hombre, desde que nace: y esta salud consista en la moderación del comer, beber, dormir, venus y ejercicio*. Perfecto resumen de la obra que, en páginas posteriores, vuelve a repetir [1949, p. 310]: *El intento que se lleva en estos comentarios es conservar la salud humana: y como esta consista, en usar con moderación, de las cosas no naturales [...]*; podemos utilizar una palabra para expresar lo que Sorapán intenta inculcar a sus lectores y que es necesaria, y casi suficiente, para la conservación de la salud: moderación.

La *Medicina Española* fue considerada como modelo desde el punto de vista literario y esta faceta es la que fue resaltada por Menéndez Pelayo, tal y como hemos referido más arriba, y por el sabio andaluz, ya citado, José María Sbarbi [1875, pp. VI-VII; y en la notas de las pp. X, XI y XII]:

“[...] obra tan instructiva cuanto deleitable, y escrita, además, en frase tan pura y correcta, como que mereció, desde la fundación de la Real Academia Española, ser incluida por tan respetable Cuerpo en el catálogo de los escritores clásicos á quienes consulta con el objeto de autorizar el uso acertado de las palabras y locuciones del habla de Castilla”;

o cuando dice:

“En mi concepto, puede prestar también no pequeño servicio la obra de Sorapán, considerada bajo el aspecto filológico, á quien la lea con detención”.

En este sentido filológico me parece interesante referir algunas particularidades que he encontrado en el texto del logrosano. En primer lugar creo significativo hacer notar que palabras como *restrñir* (detener o apretar), *panarrista* (derivado de *panarra*: simple, mentecato, flojo), *candiota* (barril que se utiliza para llevar o tener vino) y tantas otras son una muestra de un verbo variado. Variación que se se manifiesta en *retahílas* de adjetivos:

“Y que habemos de entender, que para hacer burla de uno, que esté enfermizo, descolorido, *pubático*, *opilado* o *abutagado* [...]” [SORAPÁN, 1949, p. 282];

o cuando refiere las consecuencias de beber agua en mal estado:

“[...] *opilaciones* de hígado, y bazo, flaquezas de estómago, *perlesías*, *apoplejías*: *convulsiones*, *hidropesías* [...]” [SORAPÁN, 1949, p. 322].

A veces Sorapán utiliza algún término que, probablemente, ya en el siglo XVII se usa escasamente; es el caso de la palabra *profligar* a la que se dan, en el *Diccionario de Autoridades*, las acepciones de vencer, destruir y desabaratar. Este diccionario indica además que es una palabra sin uso y que es utilizada por Sorapán. Es interesante indicar también que el extremeño usa la palabra *bocejar* como una alteración de la palabra *bocezar*, alteración que aparece en portugués, gallego y parte del leonés, según el *Diccionario crítico etimológico* de Corominas.

Sin embargo, los términos científicos en general y médicos en particular son los que nos han merecido un especial interés. Así, por ejemplo, el logrosano utiliza la palabra *purgación* con un significado desconocido en el siglo XX pero que aparece con frecuencia en la literatura científica española de la época: sangre que naturalmente evacúan las mujeres todos los meses (es una de las acepciones de esta voz en el *Diccionario de Autoridades*).

La palabra *chilo*, usada con el significado de *sustancia blanca en que se convierte el alimento en su primera transmutación en el estómago* (*Diccionario de Autoridades*), *alexipharmaco* como antídoto, *estrangurria* como micción dolorosa gota a gota y *estibio* como sinónimo de alcohol son cuatro de los muchos términos que merecerían un exhaustivo y pormenorizado estudio de un filólogo experto.

En la *Medicina Española* no es raro encontrar silogismos que alargan el relato o disquisiciones que aclaran la intención del autor o largos comentarios y divagaciones que no hacen al caso cuando está hablando de algo muy diferente, pero que por otra parte no son raras en la literatura científica y divulgativa de la época.

De cualquier forma, Sorapán cuida la estética de su comentario que, en algún caso, se convierte, además, en una narración épica:

“Ademas de esto, el infante se mueve a su nacimiento, porque como ya es grande, no cabe en la cavidad del útero; y así sintiéndose apretado, y oprimido, por la falta de alimento, y la angustia del lugar, se mueve con la mayor vehemencia que puede, coceando, y con los bracillos rompiendo la túnica más próxima a si en que está envuelto, que es la más recia: y después con facilidad rompe las demás, porfiando en su batalla, en que se ve extremadamente oprimido, hasta que venciendo, sale a ver esta luz, muy quejoso y lloroso, por el trabajo que ha padecido” [SORAPÁN, 1949, p. 506].

Sorapán utiliza el refrán *porque entre tantos caminos descubrió mi deseo del bien público, una nueva senda nunca hasta ahora seguida, ni andada de alguno, más compendiosa y fácil, y no menos cierta, y segura para conseguir nuestro designio*¹⁰. Por otro lado, además de la intención del logrosano, esta locución no es infrecuente en la conversación de los españoles de su época, algo que llama la atención de numerosos viajeros que vienen a España, durante los siglos XVI y XVII.

Sorapán divulgador

La divulgación científica, que no la vulgarización, requiere un exacto conocimiento de lo que se quiere contar pero, sobre todo, y con el fin de relacionar diferentes aspectos de los que se comenta, necesita de la vasta cultura del narrador. Pues bien, la calidad de la obra de Sorapán se basa, entre otras razones, en la extraordinaria cultura de su autor.

La *Medicina española* no es un texto para unos pocos, para señores, para privilegiados: *Y porque mi intento a sido librar a los humanos del Recipe del Medico, de la espatula del boticario, y de la cinta del barbero* [SORAPÁN, 1949, p. 90]. En esto se aleja de la orientación dominante de los médicos de la antigüedad clásica, de los autores de los *regimina* medievales y de sus predecesores renacentistas. Dos ejemplos significativos: Luis Lobera (s. XVI) escribe el famoso *Libro del regimiento de la salud* (1551) en el que da consejos dietéticos y de higiene que deben seguir los caballeros en los viajes; Cristóbal Méndez (s. XVI) publica su *Libro del exercicio corporal y sus provechos* (1553) dirigido a estimular el ejercicio de los nobles ociosos¹¹.

En efecto, en el texto sorapaniano hay constantes alusiones a los clásicos de la antigüedad.

Muchos personajes insignes aparecen en la obra de Sorapán, sea cual sea el refrán que está comentando de manera que no hay ningún capítulo que escape a la culta mirada del extremeño. Escojamos al azar el refrán XXX de la primera parte de su obra: *De los olores el pan, de los sabores la sal* [SORAPÁN, 1949, pp. 295-310]. Pues bien, en las quince páginas en la que se comenta aparecen, por este orden, los siguientes autores: Galeno, Plinio, Avicena, Teofrasto, Aristóteles, Hipócrates, Demócrito, Hiparco, Estrabón, Rodigino, Platón, Plutarco, Marsilio, Pedro de Apono, Alejandro, Averroes, San Mateo, San Pablo, Bercorio, Herodoto, San Marcos, Hernando de Soto, Luis de Mercado, y Dioscórides.

No hay exageración, en casi todos los refranes se expresa de esta manera, con estos fundamentos científicos. En sus citas abundan los médicos, clásicos y contemporáneos, pero también hay una excelente representación de filósofos, historiadores, santos... que hacen de la obra un verdadero monumento de la cultura de la época.

Sorapán no rehusa el afanoso trabajo de la búsqueda de la verdad; por eso, lo mejor de la literatura, historia, filosofía, etc. tiene cabida en *la Medicina Española*: Aristóteles entre los filósofos, biógrafos como Plutarco, historiadores como Jenofonte, geógrafos como Estrabón, el arquitecto Vitrubio, el poeta Horacio, San Agustín, el matemático Pitágoras y el satírico Juvenal son algunos de los 221 autores que refiere la erudita pluma del logrosano. Autores entre los que ocupan un lugar destacado los españoles: el P. Mariana, Antonio de Guevara, Pedro de Valencia o Martín del Barco, por citar algunos, son un claro exponente de la cultura de nuestro autor: conocimiento de lo de ayer y de lo de hoy, de lo clásico y moderno, de lo foráneo, de lo español y lo extremeño, de lo profano y de lo religioso... de todo lo divino y humano.

Además, las referencias científicas no son superficiales sino, casi siempre, profusamente documentadas: *Dice Aecio en el Tetrabibli primero capítulo arriba alegado [...]* [SORAPÁN, 1949, p. 427], y *Avicena su competidor, en el libro primero, sen. tercera, doctrina segunda* [SORAPÁN, 1949, p. 401].

En otra ocasiones la fuente de la que mana la cultura de Sorapán es ininterrumpida, sin pausa, por doquier, apabullando al lector con datos, referencias, citas, sucesos históricos, etc. Y como ejemplo consúltese el fragmento en el que habla de personajes importantes que murieron envenenados [SORAPÁN, 1949, pp. 274-275]. Busque el lector en *la Medicina española* y también encontrará, entre otras, las nóminas de glotonas

[SORAPÁN, 1949, p. 120] y de los que murieron de hambre [SORAPÁN, 1949, pp. 123-124].

Aunque la obra del extremeño es de fácil lectura esto no implica el adorno del relato con la anécdota o el chascarrillo. Sin embargo, hay ocasiones en las que afloran aspectos que, casi cuatrocientos años después, nos hacen sonreír. Es el caso del comentario que realiza sobre una forma de hambre llamada *pica* o *malakias* que afecta a las embarazadas y *hay algunas que, si no cumplen luego su antojo, lanzan de sí la criatura* [SORAPÁN, 1949, p. 125]. Después, con evidente exageración, refiere que vio comer en un día a una embarazada doscientas naranjas agrias.

En otra ocasión, el logrosano para contarnos las propiedades de los ajos, pone en boca de un labrador lo siguiente:

“el ajo es la comida más natural, y conveniente a los hombres de todas las que naturaleza crió: porque después que los niños nacen, lo primero que su lengua, y voz sabe pronunciar, es: Ajo, ajo” [SORAPÁN, 1949, pp. 288 y 299].

Sonreímos también cuando Sorapán nos cuenta los casi innumerables efectos beneficiosos de la *moderada venus* de acuerdo con la doctrina de Aecio:

“quita la repleción, hace ágil, y ligero el cuerpo, dále mayor aumento y más fortaleza en los miembros: hace más fáciles las vías, dilata, y abre los poros, purga la flema, hace despiertos a los mentecatos, remite y aplaca la demasiada ira. A los melancólicos y tristes, que huyen la conversación humana, les es remedio, y cierta medicina [...]

[...] quita la gravedad, y dolor de cabeza, restituye el apetito del estómago, y quita las efusiones del semen, que muchos entre sueños las padecen” [SORAPÁN, 1949, pp. 426-427].

Por último, en otro lugar de la obra de Sorapán, cuando habla de la fertilidad y riquezas de Extremadura, llega a decir que la abundancia de aves, jabalíes, venados, liebres y conejos es tal que hay quien afirma que es debida a la fertilidad de la tierra, produciéndose en ella sin *ayuntamiento de macho, y hembra, como ratones, con sola la fuerza de la causa equívoca* [SORAPÁN, 1949, pp. 123-124].

Fuentes científicas de su obra

En la *Medicina española* se dan cita todos los médicos que en su época son autoridades y, en este sentido cabe afirmar que Sorapán está al día en todo

aquello que se refiere a medicina. No sólo los *santones* de la medicina clásica tienen un lugar en su obra sino que también los ilustres españoles que se dedicaron a esta profesión merecen la atención del logrosano.

En primer término, teniendo en cuenta la faceta exclusivamente científica, hay que decir que en la *Medicina Española* hay tres personajes que destacan sobre los demás: Hipócrates, Galeno y Avicena; y ello no es de extrañar dado que son los tres grandes pilares de la medicina de la época. Baste decir que Galeno es explicado y estudiado en las universidades europeas del siglo XVII, éste recurre con muchísima frecuencia a Hipócrates, autor cuyas obras son frecuentemente reeditadas durante la decimosexta centuria¹². Por último, Avicena fue un importante recolector de la sabiduría médica de Hipócrates y Galeno.

Las referencias al médico de Pérgamo son constantes, es con diferencia el científico que más cita Sorapán. Las obras de Galeno, traducidas al latín, debieron ser utilizadas con asiduidad por el extremeño que las cita desde la primera hasta la última páginas: obras dietéticas como las tituladas *Sobre las facultades de los alimentos* y *Sobre los buenos y malos humores de los alimentos*, los importantes *Comentarios a los Aforismos de Hipócrates*, obras anatómicas y fisiológicas como *Sobre la complexión humoral* y *Las costumbres del alma se derivan de la complexión humoral del cuerpo*, o escritos terapéuticos como el titulado *Sobre las facultades y temperamentos de los medicamentos simples* son algunos de los ejemplos del pormenorizado conocimiento que tenía el logrosano sobre la obra del *médico por excelencia*.

También es notable la cultura adquirida en los textos hipocráticos traducidos al latín. En la fuente del médico de Cos bebe abundantemente Sorapán: escritos generales como los *Aforismos*, dietéticos como el libro *Sobre la dieta*, textos de patología como el titulado *Sobre los aires, las aguas y los lugares*, y otros más específicos como su libro sobre las *Epidemias* o *Sobre las enfermedades*, son algunos de los ejemplos de la bibliografía hipocrática que maneja el logrosano.

Sin embargo, podemos considerar que su paradigma científico es Avicena, que había desarrollado gran parte de la ideas del médico de Pérgamo en una obra enciclopédica: el *Canon de la Medicina*.

Cuando explica sus conocimientos médicos aflora su personalidad científica de tal manera que le lleva a refutar la autoridad de los clásicos, pero no la de Avicena. En este sentido es paradigmático el pasaje del refrán *Más mató la cena, que sanó Avicena* [SORAPÁN, 1949, pp. 177-187]. En efecto,

los libros de Hipócrates fueron *mancos, confusos, y sin guardar orden en ellos, y tan sucintos, que es imposible entenderlos sin comentario*, Galeno por el contrario escribió tanto y *detúvose tan prolijamente en reprender a otros, que apenas se pueden leer sus obras en toda la vida*, Oribasio escribió libros *faltos de la entereza que requiere el arte*, Paulo Agineta *se dejó mil cosas necesarias por escribir*, Aecio también *se olvidó de muchas cosas importantes*, Serapión *calló lo mas de la Medicina*, Rassis *hizo el continente tan indigesto, y confuso [...]*, y la lista de refutaciones continúa.

Pues bien, toda la crítica que realiza a los médicos que acabo de citar no es más que para reivindicar el magisterio de Avicena. De cualquier forma, el refrán referido termina con una sucinta biografía del *príncipe de los médicos* en la que ya se afirma que nació en Buchara, detalle interesantísimo teniendo en cuenta que durante los siglos XV y XVI,

“los humanistas y científicos europeos se formaron una idea tan elogiosa de lo que había sido la ciencia árabe en nuestra Península que muchos no vacilaron en atribuir la categoría de españoles incluso a sabios orientales, como Avicena, que jamás pisaron nuestro solar” [VERNET, 1975, p. 56].

Lo que se podría llamar el *dogma avicenista* de Sorapán es de tal magnitud que contra los que critican el consumo de vino aduce sucintamente que lo tomaron Hipócrates y Galeno, y con todo lujo de detalles bibliográficos refiere la opinión de Avicena terminando de esta guisa:

“Pues si este insigne médico moro, forzado de la razón, atropellaba su maldita ley, y secta, que manda que no lo beban, y el lo bebía, y lo alaba en todas las partes que he referido, y en otras muchas: porque no lo bebieran templada, y sobriamente los Cristianos a quien parece que nuestro Redentor Dios quiso mostrar que era cosa útil beberlo, en aquel famoso milagro que obró en las bodas de Caná de Galilea [...]” [SORAPÁN, 1949, pp. 355-356].

Otros médicos de menor interés en comparación con los tres que acabamos de citar, fueron también estudiados por el extremeño, pero excusaremos su exposición en razón de la extensión del presente trabajo. Por lo que se refiere a los galenos españoles Sorapán utiliza con frecuencia los conocimientos de los libros de dos eminentes hispanos: Cristóbal de Vega y Luis Mercado.

Cristóbal de Vega (1510-1573), profesor de la Universidad de Alcalá, es el español citado con más asiduidad en la *Medicina Española*. Este médico alcalaíno publicó en 1561 su famoso *De arte medendi* (el libro médico español más utilizado por el extremeño) que es un importante texto que ha sido

definido como la *sistematización de todo el saber médico desde los supuestos del galenismo humanista*¹³.

Sorapán también cita frecuentemente al médico leonés Luis Mercado (1525-1611). Este importante autor, médico de cámara de Felipe II y Felipe III, es considerado una de las figuras europeas más destacadas del escolasticismo médico contrarreformista¹⁴ y un auténtico recopilador de los conocimientos de la medicina renacentista. Sorapán conoce la ciencia que se encuentra en las famosas *Institutiones Medicae* y en *las Institutione Chirurgicae*, obras de Mercado que vieron la luz, ambas, en 1594 y que eran manuales con los que se preparaban los aspirantes que comparecían ante el Protomedicato.

Sin embargo, su cultura científica no es exclusivamente médica: en la *Medicina Española* afloran aspectos variados de filosofía e historia natural y, como corresponde a un hombre con una formación extraordinaria, la base de sus conocimientos son los textos de los más descollantes autores. Baste como ejemplo de lo dicho las siguientes referencias: conoce en latín la *Historia Natural* de Plinio (23-79), la *Historia de los animales, Partes de los animales* y *Generación de los animales* de Aristóteles (384-322 a. C.), la *Historia de las plantas* de Teofrasto (¿372-288 a. C.?), la *Materia médica* de Discórides (siglo I), la traducción de esta obra por el médico y botánico segoviano Andrés Laguna (1494-1560), etc.

Higiene, medicina preventiva, alimentación y dietética

Los aspectos relativos a la medicina preventiva ocupan un lugar destacado en la obra de Sorapán. En muchas páginas surge la orientación y la sugerencia. En efecto, independientemente del refrán que se comente, en la *Medicina Española* afloran aspectos higiénicos, basados en los textos de la medicina clásica, en los que aconseja el ejercicio ligero, la comida y bebida moderadas, el descanso, etc. Bien es verdad que bastantes recomendaciones se pueden encontrar en muchos de los autores citados por mí anteriormente; de cualquier forma Sorapán no oculta el origen del consejo:

“Cornelio Celso doctísimo varón afirma, que nunca jamás la mucha comida fue provechosa: del propio Hipócrates se cuenta [...]” [SORAPÁN, 1949, p. 118].

No se debe comer en gran cantidad ya *que quien mucho come enferma y vive tan poco tiempo* [...] [SORAPÁN, 1949, p. 117]; la comida, de acuerdo con las enseñanzas de Avicena, no debe ser fría: *en tiempo de Invierno,*

comamos el manjar actualmente cálido, y por el Estío con algún calor, aunque sea poco [SORAPÁN, 1949, p. 361].

Otras veces nos cuenta métodos higiénicos como las dos maneras más comunes de *colar el agua mala: el mortero grande de piedra, por el cual destila gota a gota, y el de la lana; de la cual se tomará la que baste, y torcida pondrán la una parte, que entre en el agua, y por la otra, irá destilando en otra olla, o vaso* [SORAPÁN, 1949, p. 325].

Sorapán también recomienda el ejercicio porque con él se *consigue dureza en los miembros, aumento del calor natural, y más veloz movimiento en los espíritus. Y a estas tres cosas, se siguen [...]* [SORAPÁN, 1949, p. 394].

Por último, el logrosano también se ocupa de los lugares adecuados para vivir: son más sanos los que viven en las montañas porque *allí sopla, y se ventila el aire con perpetuo movimiento, y es purísimo, y sin corrupción; ya que, los que viven en lugares y valles bajos, adonde el aire con su quietud, y detenimiento, se inficiona destruyendo a los que respiran, y siendo causador de pestes, y otras indisposiciones, que abrevian la vida de los mortales* [SORAPÁN, 1949, pp. 326-327].

Sin embargo, los conceptos dietéticos son tratados con mayor extensión por el médico de Logrosán. La cultura dietética y nutricional de Sorapán tienen su fundamento, como la casi totalidad de la su obra, en los textos de la medicina clásica. Recomienda los huevos como *admirable sustento* [SORAPÁN, 1949, p. 219], y la carne si tuviere las condiciones dadas por Galeno, que sea *tierna y no pegajosa*. A partir de este punto relata con detalle las condiciones de la buena y mala carne [SORAPÁN, 1949, p. 139], ocupándose del género, edad, sexo y preparación de estos alimentos. Así mismo aporta reglas generales de alimentación: *la carne de animales rapaces es mala, la carne de los cuadrúpedos, sustenta mas, que la de las aves y, para el hombre, la mejor de todas las carnes es la de cerdo* [SORAPÁN, 1949, p. 149]. Estas orientaciones dietéticas se aprecian también en un médico galenista de finales del siglo XVI: Francisco Núñez de Oria; *su Aviso de Sanidad* (1569) no va dirigido a los profesionales de la medicina sino a la incipiente burguesía y por ello, de la misma forma que en el texto de Sorapán, se aprecia un tono menos académico y más desenfadado.

El relato continúa con detalles más precisos referentes a la nutrición de las diferentes partes del animal [SORAPÁN, 1949, pp. 140-143]: extremidades, sesos, tuétanos, lenguas, testículos, etc. Pero resaltando un aspecto que no advirtieron

“Galeno, Avicena, ni otro algún Filósofo, advirtió, y consideró el Castellano, viendo que a estos insignes varones, se les había pasado por alto, una tan importante condición, que ha de tener la buena, y loable carne, diciendo. Pan de ayer, carne de hoy”

y lo explica exhaustivamente empezando el relato de esta manera:

“La carne que no fuere fresca, ha de ser salada, y si no fuere salada, o estará podrida, o comenzada a podreecer [...]”.

En la *Medicina Española* se dedican muchas páginas, que comprenden los comentarios a cinco refranes [SORAPÁN, 1949, pp. 256-291], a referir las frutas y hortalizas de consumo frecuente citando muchas de sus propiedades, según el magisterio de Dioscórides, Laguna, Plinio, Vega y, sobre todo, de Galeno.

Recomienda la moderación en el consumo, casi mejor diríamos que la abstinencia, de queso siguiendo al pie de la letra los textos de Galeno, Avicena, Vega y otros autores, aunque el queso fresco *es menos malo, y se puede comer en poca cantidad* [SORAPÁN, 1949, pp. 292-294]. Esta recomendación contrasta con lo que se puede leer en una importante obra didáctica del siglo XVI: los *Diálogos* (1538) de Luis Vives (1492-1540). En este texto, de un autor con una extracción cultural muy diferente a la de Sorapán, donde se dan interesantes recomendaciones dietéticas fruto de la experiencia del humanista valenciano, hay un capítulo en el que se sirven en la mesa quesos de muchos géneros, donde un personaje afirma que le gusta mucho el queso de leche de yegua, se habla de quesos de diferentes regiones: Frigia, Sicilia, Holanda, Parma, Peñafiel y además se afirma que a los alemanes les gusta mucho el queso mohoso, rancio, podrido y lleno de gusanos [VIVES, 1959, p. 95], todo lo contrario, como se puede apreciar, de lo que recomienda el logrosano. Por otra parte, en un texto más cercano al del extremeño, el ya citado *Aviso de Sanidad* de Núñez de Oria, se observan igualmente, diferencias significativas, en este asunto, con respecto al autor de la *Medicina española*.

El autor de la *Medicina Española* refiere la utilidad de muchas frutas, verduras, y hortalizas. Estos alimentos son contemplados desde el punto de vista del médico: los *membrillos detienen valientemente el flujo del vientre, y los vómitos* [SORAPÁN, 1949, p. 267], los dátiles *hacen ventosidades* [SORAPÁN, 1949, p. 268], o desde la faceta gastronómica: *hácese de la mostaza salsa muy agradable al gusto* [SORAPÁN, 1949, p. 286], la berenjena se come *picada con tocino, y zumo de naranja, o limón* [SORAPÁN, 1949, p. 265].

Mención especial merece el vino para el logrosano; todos los aspectos de la obra de Sorapán se encuentran resumidos en las muchas páginas que dedica a esta bebida [SORAPÁN, 1949, pp. 329-360]. En ellas encontramos referencias a la moderación en su consumo, detalles prácticos para conocer si el vino está aguado, alusiones a la mitología, a la literatura, a la filosofía y, por supuesto, a la medicina. Así mismo también da noticia, sin comentario alguno, de 41 refranes sobre el vino y de dos remedios para aborrecer esta bebida:

“Entre los remedios aprobados, para quitar el vino a los que del son esclavos, se tiene por más excelente ahogar dos anguilas en una olla de vino, y degollarlas luego, exprimiendo la sangre de la garganta en el propio vino, y luego dárselas a comer cocidas en agua y a beber el vino en que se ahogaron.

Sin que sepa el borracho lo que bebe, sino engañado, poniéndoselo en parte adonde el lo halle, y lo beba a escondidas” [SORAPÁN, 1949, p. 336].

Desde el siglo XVI los conocimientos anatómicos empiezan a tener la influencia de los métodos de Vesalio (1514-1564); sin embargo, durante este siglo y buena parte del siglo XVII, el saber patológico seguirá teniendo una base esencialmente galénica. Y en este sentido la terapéutica de Sorapán entra de lleno en la medicina de la antigüedad: casi todos los remedios que explica pertenecen a los autores clásicos.

En efecto, mientras la *clara de huevo, es eficaz remedio para soldar las heridas frescas, y restrañar los flujos de sangre* [SORAPÁN, 1949, p. 219], la hiel de perdz mezclada con miel es de gran eficacia para los que tienen paño, o *nubes frescas en los ojos* [SORAPÁN, 1949, p. 226], la mezcla de pan y melicrato (que es aceite y miel) y otros zumos convenientes, es *buenísimo medicamento, aplicándolo a apostemas cálidas* [SORAPÁN, 1949, p. 136], o un cocimiento de *malvas, malvavisco, violetas, raíces de borrajas, ciruelas pasas y linaza, mezclando con la cantidad que bastare de este cocimiento, dos onzas de aceite común, o de aceite de linaza* [SORAPÁN, 1949, p. 408] como remedio contra el estreñimiento, son cuatro de los muchos ejemplos terapéuticos que se pueden leer en la *Medicina Española*.

El refrán, *comida fría, bebida caliente, nunca hicieron buen vientre* es un excelente motivo para que Sorapán trate uno de los temas fundamentales de la dietética de la época y de la medicina clásica greco-latina: el consumo de la bebida fría. En efecto, algunos médicos de entonces, Monardes, Micó y Franco¹⁵, se habían ocupado, años antes y en textos independientes, de la necesidad de beber agua fría tal y cómo recomendaban las *autoridades* de la medicina.

En este capítulo sobre el agua [SORAPÁN, 1949, pp. 361-382] se pueden apreciar dos apartados: primeramente refiere la recomendación que da Avicena de beber agua fría; después se habla de su poder curativo basándose en textos de Hipócrates y Galeno. Aunque Sorapán tiene claro *que no a todos hombres conviene beber frío, ni tampoco todos han de dejar de beberlo*, aconseja la bebida fría con tal de que se cumplan siete condiciones: que se beba en tiempo de calor, en la juventud, que se tenga *el estómago, hígado, y las demás partes internas con robusto calor*, que el agua no sea excesivamente fría, que se beba despacio, que no se beban grandes cantidades y, por último, que se haya tomado antes algún alimento.

Odontología, Ginecología, Pediatría, Sexualidad y Astrología

Siguiendo con los aspectos médicos de la obra de Sorapán me parece interesante la referencia que hace a una enfermedad de la cual la opinión de los científicos españoles tuvo un gran predicamento: la sífilis. Para Sorapán debe ser una enfermedad innombrable ya que en una ocasión pasa como de puntillas sobre la *enfermedad gálica* y en otro caso nos cuenta los signos y la terapéutica pero da por supuesto que el lector conoce de lo que está hablando. Y no será por falta de términos para expresar lo que mayoritariamente se conocía como el *mal de bubas*; baste decir que don Tomás Esteban nombra este mal venéreo de veintisiete maneras diferentes [ESTEBAN, 1933, p. 39].

Para Sorapán los signos externos de la enfermedad son *pelarse, y tener en su rostro, mil manchas, nacidos, talparias, llagas, y nocturnos dolorosos [...]* y los remedios para combatirla son la *zarza, palo santo, china y azogue*, aunque estará *en la cama por muchos años* y dejará *a su compañera en breve tiempo viuda, y toda su descendencia, con perpetua herencia de lamparones y otros mil géneros de males* [SORAPÁN, 1949, p. 116]. El extremeño realiza esta descripción desde su lado de moralista, ya que la enfermedad se evita *aborreciendo el camal vicio*. Es interesante comparar esta faceta de nuestro autor con la de un importante médico de la época, el ya citado Luis Lobera. Este importantísimo profesional, en su *Libro de la quatro enfermedades cortesanias* (1544) realiza una descripción exhaustiva de la enfermedad que venimos tratando mas, sin embargo, elude las medidas preventivas, *bien por no estar seguro de tal relación (se refiere a la sexual) como causa-efecto o por temor a provocar rechazo de los poderosos señores para los que escribe*¹⁶, algo que no le ocurre a Sorapán que como divulgador médico escribe para todos.

El refrán XXXVIII de la *Medicina española: O con, oro, o con plata, o con viznaga, o con nonada* [SORAPÁN, 1949, pp. 382-392] es el punto de partida para realizar un excelente resumen del saber odontológico de la época. En efecto, Sorapán nos cuenta sucintamente la estructura y función de las piezas dentarias y rápidamente aflora su sentido médico: *viniendo pues a lo que importa, que es la conservación de la boca [...]* . Después se ocupa de socorrer a los niños mientras les salen los dientes, o cuando tienen alguna enfermedad, o cuando se les mueven: *atándoles un hilo a él cuando se van a acostar, y estando durmiendo, tirarán del hilo: porque de esta suerte saldrá el diente, casi sin que lo sientan.*

Más adelante señala las cuatro enfermedades de la boca: *neguijón, que es corrupción de muela, o diente, la corrupción de las encías, la toba (que Sorapán escribe tova con uve y que no es más que el sarro) y la cuarta que es el movimiento de la dentadura. Mientras comenta las enfermedades describe los remedios para combatirlas y da consejos preventivos:*

“sólo enjuagarse por las mañanas con agua fría, y con vino agudo, después de comer, y cenar, y limpiar los dientes con tantica sal, muy pasico, y sacarles lo que hubiere metido entre ellos con mondadiente de oro, o de plata [...]”.

En la obra de Sorapán también aparecen detalles ginecológicos y de pediatría, aspectos que se encuentran casi exclusivamente en la segunda parte de la *Medicina Española*. En efecto, en los dos primeros refranes de esta parte [SORAPÁN, 1949, pp. 499-534] aparecen divagaciones, con el apoyo de la medicina clásica, sobre cuáles son los meses naturales para el parto: *séptimo, noveno, el décimo y hasta el principio del undécimo, o la razón por la que una mujer embarazada no puede sufrir superfetación: al punto que la mujer concibe se le cierra, y aprieta el orificio de la madre tanto, que ni la punta de una aguja podría entrar dentro. Este argumento clásico aparece en la bibliografía española del dieciséis; es el caso, por ejemplo, de la Historia de la composición del cuerpo humano de Juan Valverde de Amusco [1556, p. 68].*

Más interesantes son estos dos refranes como compendio pediátrico. Empieza su resumen con la recomendación, de Galeno y Avicena, de esparcir unos polvos de sal en el cuerpo del recién nacido, así como la de darle miel para que la lama antes que la leche materna. Y este es precisamente el centro de su mensaje: *si goza de salud, será sin comparación muy mejor la leche de su propia madre, que la peregrina y extraña [...]* ; pero además, si la madre no tiene buena salud, *se buscará ama, cuya edad sea de veinte y cinco años, y que no exceda de treinta y cinco y que posea unas determinadas condiciones, que describe con mucho detalle, relativas a su anatomía, las tetas no sean grandes*

ni flojas, ni duras, a la leche: porque ha de ser al olfato, y gusto suave, a la vista blanquísima, y que tenga cierta igualdad en sus partes [...], a sus costumbres: bien acondicionada, risueña [...], a la dieta, ya que se ha de alimentar con comidas de buena calidad: camero español, gallina, cabrito, perdiz, huevos frescos, pasas, y peces de claras y corrientes aguas [...], y a su actividad ya que conviene que el ama se ejercite y trabaje con moderación, particularmente de la cintura arriba, como es aspando, hilando, o amasando. Estas recomendaciones de Avicena las podemos leer también, casi con las mismas palabras, en un texto dirigido a la alta sociedad: *Libro del régimen de la salud* (1923) de Luis Lobera [1923, pp. 266-267].

Después, hablando de la lactancia nos cuenta la frecuencia con la que se debe usar según las enseñanzas de Pablo de Egina (siglo VII), *solas dos, o tres veces en el día se les ha de dar el pecho* y la duración de la misma, conforme lo que cuentan el citado Pablo de Egina, Galeno y Avicena: hasta *el año y medio, o dos años*.

Después de referir los remedios para mitigar el llanto de los niños: *entrarles el pezón del pecho en la boca, cantarles suavemente, y moverlos en la cuna, o en los brazos*, nos dice, siguiendo los textos hipocráticos y galénicos, los alimentos que convienen a los niños para su correcto desarrollo.

El logrosano impregna su obra de un talante moralizador, y en esto continúa la tradición del siglo precedente. En efecto, muchos médicos del siglo dieciséis escriben complementando su ciencia con la moral; baste recordar escritos como el ya citado *Libro del regimiento de la salud* de Luis Lobera en el que, por referir algunos ejemplos, se puede leer cómo este médico da respuesta a la pregunta del señor Diego Armero sobre *si el hombre se podrá llamar verdaderamente dichoso y bienaventurado en esta vida* y hace lo propio con la del comendador Antonio de Rojas: *¿cuál hace mayor mal, el juez corrompido o el que corrompe?* [LOBERA, 1923, pp. 129-134; pp. 144-145]. Igualmente, y en este sentido, podemos mencionar los preceptos médicos y morales del libro *De la conservación de la salud del cuerpo y del alma* (1597) de Blas Álvarez de Miraval.

Todas las páginas de la *Medicina española* son una exposición de deseos moralizantes; sin embargo, los perjuicios que, entre otros vicios, causan el juego, la avaricia y la ira, ocupan en la obra del extremeño un lugar muy poco significativo al lado de las páginas que nuestro autor dedica a la lujuria.

Lo sexual es una constante de la obra de Sorapán, aunque hay un refrán en el que nos cuenta sus opiniones al respecto: *Dieta, y mangueta, y siete nudos a la braqueta* [SORAPÁN, 1949, pp. 404-432]. Cada *nudo* es un consejo para

cohibir, enfrenar, y vencer el apetito de la Venus, y lujuria, para huir del vicio que abrevia la vida, corrompe las virtudes, pasa los términos y la ley de la razón, destruye los cuerpos, y finalmente hace los ánimos y fuerzas de los hombres afeminadas. Los remedios de Sorapán, los nudos, se encuentran en: comer con moderación, huir de mujeres y hombres lascivos, trabajar, no asistir a espectáculos donde se traten asuntos deshonestos, etc.

No crea el lector que el autor de la *Medicina Española* no trata aspectos de la sexualidad desde otros puntos de vista aunque *parezca lo restante que se dirá algo obsceno*, porque todas las cosas son *limpias, y honestas a los que limpia, y santamente las tratan*. Basándose, como toda la obra, en textos de la medicina y filosofía clásicas, la fina pluma de Sorapán nos cuenta que la *mujer recibe mas delectación en el acto venéreo, que las mujeres que son estériles son mas libidinosas que las demás y que los hombres, en unos tiempos del año apetecen mas el coito y las mujeres en otros* [SORAPÁN, 1949, pp. 429-432].

Queremos, por último, referir una faceta que hace de Sorapán un hombre de la época, la astrológica. Durante los años en los que vivió nuestro autor, esta *ciencia* ocupaba un lugar tan destacado que resultaba imposible separar la obras de matemática, pura o aplicada, de las astrológicas. Así, Diego Pérez de Mesa (fallecido a finales del s. XVI), citado por Sorapán, se autodefine como *astrólogo y matemático*; parece que escribió un tratado que lleva el significativo título de *De incertitudine judiciorum Astrologiae* [CARO, 1991, p. 205]. Por otra parte,

“la astrología, como aplicación de la ciencia de los astros al pronóstico de los sucesos, era considerada una lícita y verdadera ciencia. La astrología judiciaria era, por el contrario, un arte falaz y supersticiosa, precisamente porque convertía al pronóstico en adivinación determinista, lo que suponía negar el dogma del libre albedrío” [LÓPEZ PIÑERO y col., 1976, p. 209].

Desde el punto de vista médico no se podía prescindir de la astrología ya que ésta atribuía a cada signo zodiacal una acción sobre una parte o un órgano del cuerpo. Por ejemplo, en la *Fábrica del Universo* (1563), de Bernardo Pérez de Vargas (fallecido en la segunda mitad del siglo XVI) se pueden ver correspondencias zodiacales y astrales con las partes del cuerpo humano: Venus con los riñones, Mercurio con los pulmones, la Luna con la cabeza, etc.¹⁷

Sorapán utiliza la frase *los astrólogos dicen* cuando relata el desarrollo embrionario humano [SORAPÁN, 1949, pp. 507-510], bien es verdad que entremezclando la opinión astrológica con la médica de Galeno, Marsilio

Ficino (1433-1499) y otras personalidades, y concluyendo que *todas las mudanzas que en este mundo inferior suceden, se causan de los cuerpos celestes, principalmente de la influencia del sol, y de la luna* [SORAPÁN, 1949, p. 517].

En otra ocasión, refiriendo las excelencias del carnero, nos da un informe astronómico y astrológico sobre este signo zodiacal (Aries) que tiene *dominio en el hombre sobre la cabeza, es de naturaleza de fuego, es signo diurno, móvil y masculino [...]* y más adelante: *el varón que naciere debajo del subimiento de tan principal signo, será ingenioso, prudente [...]* [SORAPÁN, 1949, p. 197], detalles que probablemente toma del *Lunario perpetuo* de Jerónimo Cortés (1594), con el que coincide al pie de la letra en muchos párrafos [CORTÉS, s/f. , pp.142-144].

Quiero terminar este trabajo sobre la obra de Iván Sorapán de Rieros con un pequeño apunte sobre su extremeñismo. *El viejo múdale el aire, y darte al pellejo* es el refrán que utiliza el logrosano para demostrar su amor y principalmente su conocimiento de Extremadura que es para él la mejor región española para vivir; nos cuenta el origen del nombre, geografía, santos, fertilidad y riquezas, historia, cultura y sus hombres, que han *dado a toda España honra, y admiración al universo, con los extraordinarios ingenios, y entendimientos claros de sus hijos* [SORAPÁN, 1949, pp. 433-464]. Sin lugar a dudas Sorapán es uno de ellos.

NOTAS

1 En este sentido es interesante la consulta de HERNÁNDEZ MOREJÓN [1846, vol. 4, p. 305], CHINCHILLA [1845, vol. 2, p. 302] y MENÉNDEZ PELAYO [1953, vol. 3, p. 144].

2 Todos estos autores y otros, con sus correspondientes referencias bibliográficas, los encontrará el lector en el estudio preliminar que Antonio Castillo de Lucas realiza a la obra de [SORAPÁN, 1949, pp. 62-71].

3 Este médico, político y poeta publica en 1618 sus *Proverbios morales. y consejos cristianos muy provechosos para concierto my espejo de la vida, adornados de lugares y textos de las divinas y humanas letras; y enigmas filosóficas, naturales y morales, con sus comentarios*, texto que contiene ingeniosos, eruditos y difícilísimos acertijos inspirados en refranes pero que, a mi juicio, carece de la frescura de la obra del extremeño.

4 Nacido en Puebla de Montalbán (Toledo) Hernández, poseedor de una vasta cultura, fue uno de los pioneros que en el ámbito científico defendió la circulación pulmonar. No obstante, su formación cultural no se limitó al aspecto médico y, en este sentido he de apuntar su calidad de naturalista. Así, fue elegido

por Felipe II como director de la primera expedición científica que se realizó en el planeta, la que se hizo a Nueva España.

5 Diego Antonio de Robledo publicó en 1687 la que fue la obra didáctica de cirugía más difundida en la España de su tiempo, reeditada en cuatro ocasiones, el *Compendio Cirúrgico*.

6 Francisco Arceo nació en Fregenal de la Sierra (Badajoz). Publicó, poco antes de morir, *De recta curandorum vulnerum ratione*, escrita en latín. En ella se encuentra una de las más importantes aportaciones de la época a la cirugía plástica, un importante estudio de alteración congénita del pie de los niños, el diagnóstico y terapéutica de diversas heridas craneanas, y el tratamiento del cáncer de mama.

7 Micò no sólo se ocupó de la medicina sino que realizó también importantes estudios de Botánica de Cataluña. Publicó un curioso libro titulado *Alivio de sedientos* (1576) donde expone sus ideas sobre la necesidad de beber agua fría.

8 En el presente trabajo seguimos el texto de la citada edición de Antonio Castillo de Lucas, que contiene la primera y segunda partes. En adelante, hemos modernizado la grafía..

9 La edición de 1935 fue realizada en los talleres gráficos de Bolaños y Aguilar (SL), en Madrid; y las de 1949 son las de la B.A.E. y la ya citada edición de la Biblioteca clásica de la medicina española. De esta última hay una edición facsímil, de 1989, a cargo de la Diputación de Badajoz.

10 En la dedicatoria de la obra al Doctor Don Baltasar de Lorenzana. [SORAPÁN, 1949, p. 81].

11 Sobre este autor puede consultarse: GRANJEL [1990, pp. 13-35].

12 Las obras de Hipócrates que se reeditaron durante el siglo XVI fueron comentadas, entre otros, por Francisco Vallés (1522-1592) y Lázaro de Soto (1540?-1626).

13 LÓPEZ PIÑERO, J.M. (1983). En la voz correspondiente de la obra de López Piñero, J.M., Glick, T.F., Navarro Brotóns, V. y Portela Marco, E. (1983), pp. 401 y 402.

14 LÓPEZ PIÑERO, J.M. (1983). En la voz correspondiente de la obra de López Piñero, J.M., Glick, T.F., Navarro Brotóns, V. y Portela Marco, E. (1983), pp. 56-59.

15 En 1569, Francisco Franco publica el *Tratado de la nieve y del uso della*, en el que trata de las bebidas frías que se han refrescado con nieve; dos años después, Nicolás Bautista Monardes (1493-1588) publica una monografía sobre el mismo tema. Por último, Francisco Micó lleva a la imprenta, en 1576, su *Alivio de sedientos* donde se ocupa de la necesidad de beber bebidas frías.

16 GRANJEL [1992, p. 6]. En la *Presentación* de la obra de Luis Lobera: *Libro de las cuatro enfermedades cortesanas*.

17 Puede consultarse PÉREZ DE VARGAS, B. *Fábrica del Universo*. En LÓPEZ PIÑERO, J.M. y col. [1976, p. 216].

BIBLIOGRAFIA

CARO BAROJA, J. (1991) *Vidas mágicas e Inquisición. Tomo II*. Barcelona, Círculo de Lectores.

CASTILLO DE LUCAS, A. (1949) "Estudio preliminar" a la obra de Sorapán, *Op. cit.*.

CHINCHILLA Y PIQUERAS, A. (1845) *Historia general de la medicina española. Tomo 2*. Valencia, José Mateu.

COROMINAS, J. (1976) *Diccionario crítico etimológico de la lengua castellana*. Madrid, Gredos, 5 vols.

CORTÉS, G. (s/f) *El non plus ultra de El Lunario y pronostico perpetuo, general y particular para cada reyno y provincia*. Barcelona: María Angela Martí.

Diccionario de Autoridades. (1964) 3 vols. Edición facsímil. Biblioteca Románica Hispánica. Madrid, Gredos.

ESTEBAN ROJAS, T. (1933) *Hospitales y Escuelas de Medicina de Guadalupe*. Logroán, Cáceres.

GRANJEL, L.S. (1990) "La obra de un médico giennense: Cristóbal Méndez". *Seminario Médico*, 42, 13-35.

HERNÁNDEZ MOREJÓN (1846) *Historia bibliográfica de la Medicina española. Tomo 4*. Madrid, Celestino Álvarez.

LOBERA, L. (1923): *Libro del Régimen de la Salud, y de la esterilidad de los hombres y mujeres, y de las enfermedades de los niños, y otras cosas utilísimas*. Con una introducción del Dr. Baltasar Hernández Briz. Biblioteca clásica de la medicina española, tomo V, Madrid, Cosano.

LOBERA, L. (1992). *Libro de las cuatro enfermedades cortesanas*. Estudio preliminar de Luis S. Granjel. Edición facsímil. Madrid, Fundación de Ciencias de la Salud, Sociedad Estatal Quinto Centenario y Glaxo.

LÓPEZ PIÑERO, J.M.; NAVARRO BROTONS, V. y PORTELA MARCO, E. (1976) *Materiales para la Historia de la Ciencia en España: s. XVI-XVII..* Valencia: Pre-textos.

LÓPEZ PIÑERO, J.M.; GLICK, T.F.; NAVARRO BROTONS, V. y PORTELA MARCO, E. (1983) *Diccionario histórico de la ciencia moderna en España*. Madrid, Península., vol. II.

MENÉNDEZ PELAYO, M. (1953) *La ciencia española. Tomo 3*. Edición de Enrique Sánchez Reyes. Aldus. Santander, Aldus. C.S.I.C.

MUÑOZ CALVO, S. (1994) *Historia de la Farmacia en la España moderna y contemporánea*. Síntesis, Madrid.

PÉREZ DE HERRERA, C. (1618) *Proverbios morales y Consejos cristianos muy provechosos para concierto y espejo de la vida, adornados de lugares y textos de las divinas y humanas letras...* Madrid, Luis Sánchez.

SBARBI, J. M. (1875) *El Refranero general español, parte recopilado y parte compuesto por ----. Tomo III*. Madrid: Imprenta de A, Gómez Fuentenebro, Bordadores, 10.

SORAPÁN, I. (1949) *Medicina española contenida en proverbios vulgares de nuestra lengua* por el Dr. Juan Sorapán de Rieros. Con un estudio preliminar acerca del autor y su obra por el Dr. Antonio Castillo de Lucas. Biblioteca clásica de la medicina española. Madrid, Cosano.

VALVERDE DE AMUSCO (1991) *Historia de la Composición del Cuerpo Humano*. Estudio Preliminar de Pedro Laín Entralgo. Edición facsímil de la de 1556. Madrid, Fundación de Ciencias de la Salud, Sociedad Estatal Quinto Centenario y Glaxo.

VERNET GINÉS, J. (1975) *Historia de la ciencia española*. Madrid, Instituto de España. Cátedra "Alfonso X El Sabio".

VIVES, L. (1959): *Diálogos*. Madrid, Espasa-Calpe.